

PG1783

LA MAGDALENA

C4

1883

v. 4



FONDO
PEREZ MALDONADO



EL CEMENTERIO
DE LA
MAGDALENA.

ESTRACTO

DEL DIARIO DEL CIUDADANO DESAULT,

PRIMER CIRUJANO

DEL GRANDE HOSPICIO DE CARIDAD.

(*Documentos justificativos, núm. 25.*)

« El día... del año... recibí una órden de los miembros de la Convencion nacional, para que me presentase en la casa de sus juntas, donde se me comunicaría un asunto de entidad.

Encontré allí á los representantes en número de unos veinte y cinco, entre los cuales vi á muchos, cuyos nombres hacen honor á las artes, á las ciencias y á la patria. Me recibieron con mas agasajo que puedo merecer, y el presidente, despues de haber hablado de mis acertadas curaciones, prendas, decía él, y recompensa de mi zelo y talento, añadió que iba á confiarme un encargo, no ménos interesante que delicado. Era este, restituir al hijo de Luis XVI el uso entero de sus facultades intelectuales, que había casi del todo perdido por un deplorable concurso de circunstancias.

La oscura política del Gobierno, que destruyó el 9 de termidor, (23 de julio) había condenado á este niño infeliz no solo á la mas rigurosa esclavitud, sinó tambien á los errores de una educación corrompida. El bárbaro, á quien dieron el título de ayo, desempeñaba este encargo envileciendo el espíritu y senti-

mientos de su alumno. No satisfecho con la depravacion moral, procuró trastornarle los órganos, é incomodarle en términos que su parte física viniese á destruirse con el tiempo.

Tal fué en efecto la triste consecuencia de sus pérdidas combinaciones, pues el pobre Carlos encerraba dentro de su cuerpo, fatigado con no interrumpidos tormentos, una alma sin energía, incapaz de elevarse nunca á la dignidad de hombre, y acostumbrada enteramente á la bajeza y sujecion. No eran estos por cierto los pensamientos que le inspirara su madre, la cual había empapado, por decirlo así, en el orgullo, y alimentado con la altanería el corazon de su hijo, comunicando á sus principios y opiniones la grandeza que la caracterizaba. El zapatero Simon, vil instrumento de los ministros de la tiranía, hizo los mayores esfuerzos, á fin de disminuir y acabar, si le era posible, con

la elasticidad de aquella índole activa, cuyos ímpetus temían las almas bajas y despóticas aun para lo sucesivo. Pero el carácter de Carlos, que se había ya des-
 envuelto por la fuerza de su precoz talento, no podía doblegarse; y así es que su ayo se propuso destruirlo. Cayó el niño desde la elevacion de las ideas mas sublimes en el mas deplorable envilecimiento: porqué temían que obrase como rey, le redujeron á no pensar siquiera como hombre; y solo pudo respirar un poco, cuando su verdugo fué castigado con el último suplicio.

Uno de los primeros cuidados del nuevo Gobierno, fué correr á libertar las víctimas del antiguo. Los representantes del pueblo que fueron á visitar los presos del Temple, se horrorizaron y condolieron de su situacion. Dos tiernos arbustos, únicos renuevos de la encina que ha destruido el rayo, se sostienen mutuamente estando unidos, y

oponen alguna resistencia á la impetuosa furia de los airados vientos, entretejiendo sus flexibles ramas; mas ¿qué sería de ellos, si estuviesen separados? El menor soplo haría inclinar sus puntas hasta el suelo, y los arrancaría fácilmente de raíz. Pero ¿cómo podían tener cabida semejantes ideas en las cabezas que solo pensaban en destruir, y en unos corazones sedientos siempre de sangre? Los huérfanos fueron separados el uno del otro, y la princesa vivía léjos de su hermano, el cual estaba encenagado en el inmundo estiércol. No se tenga por exagerada la espresion, pues los representantes le encontraron en el desvan de una torrecilla, que estaba á la inclemencia, sin muebles, sin pavimento ni de ladrillo ni de madera, y semejante en todo á un sucio establo. El desventurado, casi desnudo, pues solo tenía cubierto lo indispensable con una mala arpillera, estaba acurrucado

dentro de un hediondo tabuco y acostado en una gusanienta paja, sin tener con qué resguardarse del rigor del invierno y de los calores del verano, mas que un viejo tapiz hecho giras. Todos los dias á cierta hora, iba arrastrando y temblando desde su cuarto á la puercecilla de su prision, por la cual le dejaban caer con menosprecio un pedazo de pan y unas pocas legumbres crudas, á las que solian agregar algunas frutas. Simon abria una vez á la semana toda la puerta, y dejaba entrar una canal de agua no muy clara en el albañal de su víctima, para limpiar la porqueria: posteriormente ya no tuvo este cuidado, de modo que el infeliz respiraba el mefitismo mortífero de sus inmundicias. No había llegado el malvado guardian á este exceso de descuido y perversidad de un golpe, sinó que empezó por el contrario dirigiendo con arreglo á cierto plan metódico la educacion de su alum-

no. Los principios que le enseñaba, las opiniones que le inculcaba, y los discursos que le hacia oir ó repetir, correspondian á la verdad muy poco al decoro de las costumbres, á la prudencia de una política ilustrada, y á la moderacion de una vida sencilla, tranquila, útil y laboriosa. Simon queria convertir al hijo de un rey, no en un ciudadano frances, lo cual hubiera sido decoroso, sinó en un frenético espartano, ó en un salvaje independiente. Por una contradiccion, que solo puede haber en un perverso y estravagante discurso, al paso que por una parte le entretenia con las quimeras de un republicanismo anárquico, le envolvía por otra en los pañales de la mas supersticiosa esclavitud. Le permitia que ultrajase la honestidad de su hermana, que calumniase la memoria de sus padres, y se ensuciase en cierto modo sobre el tùmulo de su madre; pero al mismo

tiempo que le concedía esta libertad, le oprimía con el yugo de una estrechada sujeción: como si con sugerirle el delito, solo hubiese buscado pretexto para castigarle. De este modo el hijo de reyes podía muy bien amancillar su imaginación con ideas sanguinarias, y su boca con expresiones propias de un ganapan, con tal que dócil á los caprichos de su amo, encorvase á sus piés su degradada cabeza. Simon contemplaba con gusto este cuadro de la ignorancia atrevida y de la insolente rusticidad, que aplastaba y hollaba los restos del encumbramiento y de la grandeza. Su muger, tan malvada como él, y abandonada igualmente que su marido á la insaciable sed de sangre y de vino, contribuía por su parte á atormentar á la infeliz criatura. La infancia, esta amable época de la vida, que se atrae todos los corazones, la desgracia que los entenece, el desamparo que mueve á com-

pasion á las almas mas insensibles, que pide con tanta elocuencia los auxilios y los consigue siempre acompañados de lágrimas; todos estos motivos de conmiseración endurecieron mas á aquel inhumano matrimonio, que parecía el del diablo con una furia. Durante el día no había tarea pesada, desagradable y penosa, á que no sujetasen al pobre niño. Estaba encargado de las ocupaciones domésticas y de las faenas mas indecorosas, y las desempeñaba con zelo y esmero: nunca se quejaba ni chistaba, contentándose con derramar algunas lágrimas, cuando el trabajo escedía sus fuerzas. Tanto agrado y docilidad eran recompensados con duros modales, semblante ceñudo, palabras injuriosas, y muchas veces con gestos coléricos. El desdichado Carlos tomaba el sustento á los piés de sus verdugos sobre el desnudo suelo, y comía callando y atento á las señas de sus horribles a-

mas, sin atreverse á levantar los ojos para mirarlos. Los gritos de Simon, sus continuas maldiciones, la espresion irónica y sanguinaria del semblante de su muger, la áspera voz y conversacion obscena y cruel de la misma, aterraban y hacían temblar al real huérfano. No terminaban sus penas con el dia: el sueño, en que todo desventurado encuentra un asilo, no le libraba de la barbarie de sus carceleros. Apenas cedía á la necesidad de aliviar por medio del descanso sus tiernos miembros, inhumanamente fatigados, los gritos de Simon, semejantes á los de una fiera, le sacaban de la cama: *¿Dónde estás, Capeto?* clamaba el abominable guardian: *llégate, para que te vea.* El niño se arrojaba despavorido de su yacija: medio dormido, trémulo, y en el horror de las tinieblas, iba arrastrando al lecho de Simon, quien dándole un puntapié ó un revés, le volvía á enviar á su

rincon, como si fuera un despreciable mono.

Este horrible ejercicio se repetía muchas veces en la noche, y duró algunos meses, al cabo de los cuales convencido ya el Gobierno de que la estolidez, que procuraban inspirar al preso, empezaba á borrar aquel primer carácter por el cual se distinguen los hombres de los brutos, dió una orden á Simon, para que coronase su trabajo, llevando al extremo su infamia. Halagaba mucho este mandato la desidia y crueldad del monstruo, para que dejase de observarlo puntualmente. Carlos que estaba ya mal vestido, fué despojado de su ropa usual, á la que sustituyeron unos pobres andrajos. La muger de Simon presenció esta trasformacion, que fué llamada con cruel alusion *el juego del rey despojado.* La amable víctima que no había perdido su donaire y salud por la prision, calamidades, pésimo trato y

malsanos alimentos, sufrió que le cortasen la rubia cabellera, sin atreverse á dar muestras de sentimiento: pusieronle en la cabeza un gorro rojo, y sin camisa ni calzado fué conducido al establo, de que acabo de hablar.

Cuando fueron los diputados, se les presentó temblando. Le había crecido el cabello, era mucho mas alto, y tenía ya formadas las facciones. Aunque desfigurado por estar muy flaco y pálido, conservaba siempre muchos vestigios de su natural hermosura, que se descubría por entre los miserables andrajos, y á pesar de la falta de limpieza. Su mirar en especial, no obstante de ser tímido en extremo, se hacía reparable por cierta espresion de un vivo candor, semejante al que se pinta en los ojos de los ángeles. Manifestaba en la sonrisa la bondad de su padre y algo de la altanería de los Lorenas; y veíase por fin, que hubiese enbelesado en la

prosperidad, cuando interesaba tanto en medio de las desgracias. Con afabilidad, palabras consoladoras, buenos modales y agasajo, alentaron al amable huérfano, y poco á poco disiparon su desconfianza y timidez: entónces fué su asombro igual á su admiracion. Hacén la misma impresion en los de su edad los proyectos para lo venidero, que los recuerdos de lo pasado; y así es que causaba mucho mas su candorosa alegría el bien presente, que el contento por verse libre de tantos trabajos, ó la esperanza de no volverlos á experimentar. La costumbre de estar sujeto al azote de Simon, le hacía hablar siempre de este hombre con temor y respeto. No se atrevía á contar lo que de él sabía; y era ademas tal la escelencia de su corazon, que á pesar de los males que le había hecho sufrir su indigno ayo, le conservaba siempre una especie de reconocimiento. Cuando supo despues

el castigo de este hombre inhumano, lloró; y preguntado, si le hubiera mandado castigar siendo rey, yo le hubiese sentenciado, respondió, para dar ejemplo á los demas; pero no dejaría por eso de llorar.

Con el continuo cuidado, vestidos limpios, una habitacion saludable, alimentos sanos y abundantes, y diversiones acomodadas á los deseos de un niño, procuraron aliviar la suerte de aquel, á quien no se podía imputar otra cosa mas que el haber nacido cerca del trono. El Gobierno señaló sugetos de conocida caridad, prudente patriotismo, carácter suave, conversacion instructiva y afable trato, para que atendiesen á todas sus necesidades. Le fué permitido á su hermana juntarse con él á ciertas horas del dia, al tiempo de comer y para jugar. Fué muy tierna la primera reunion de los dos hermanos, y las que tuvieron en lo sucesivo, pro-

porcionaron á entrambos la mas agradable diversion. Carlos apenas conservaba idea alguna de los acontecimientos, y solo tenía presentes los posteriores á la época, en que le separaron de su madre para enviarle á Simon. María Teresa por el contrario, como tenía mas edad y había padecido ménos, se acordaba de todas las desgracias que habían descargado sobre su familia. La memoria de su tia Isabel le era sobre todo muy apreciable, y nunca hablaba de ella sin que le saltasen las lágrimas.

Aunque nunca se confió poder grabar en el corazon del hijo de Luis aquella clase de afectos que constituyen al hombre de carácter, se creyó á lo ménos poderle educar como hombre. El Gobierno ha acreditado con sus desvelos por este niño, que la desgracia, donde quiera que se halle, reclama su atencion, y que los republicanos pueden, sin ofender á la patria, condolerse de

la humanidad y socorrerla. Ya no vivimos en aquellos tiempos de barbarie, en que era sospechoso el grito de la naturaleza y criminal la espresion del sentimiento: somos franceses y patriotas sin haber olvidado que somos hombres.

Este fué el principal motivo que determinó á los miembros del Gobierno, á enviarme para consolar y curar al afligido hijo del último rey. Ve, ciudadano, me dijo el presidente; esmérate en cuidar de un desdichado, para quien ha sido la vida un dilatado suplicio: restitúyete la salud, y añadirás este timbre á los muchos que te has adquirido. — Habiendo ido aquella misma tarde al Temple con uno de mis discipulos, fuimos introducidos en el cuarto del hijo de Luis.

Estaba sentado en una silla poltrona, entretenido en hojear un libro de estampas iluminadas. Su hermana, pues-

ta á su lado de rodillas, para estar mas cerca, le esplicaba el asunto de cada una, y él la escuchaba con grande atencion. Una asistenta en pié y á algunos pasos de distancia, contemplaba este cuadro de confianza y amor fraternal, dispuesta á acreditar el suyo al enfermo.

Al ver este al administrador que nos acompañaba, se sonrió; levantóse María Teresa, y se retiró despues de hacerme una cortesía y de dar un beso á su hermano. La enfermera, que era una muger de cuarenta y cinco años, alta, flaca y macilenta, pero de un aspecto bondadoso, se acercó al enfermo y le dijo: Ahora dejará Vd. las estampas por un rato; ¿no es así, querido? Estos señores han venido á visitar á Vd., y desean hablarle. —

Empezé á agasajarle, y le di un juguete, que él se puso á mirar y registrar con mucho contento. Entre tanto observé atentamente sus ojos, el color,

la espresion de sus facciones, y su postura habitual. Le tomé el pulso, y lo hallé débil, aunque regular; examiné su lengua, y no advertí la menor novedad. Me pareció en general, que tenía una salud delicada y algun asomo de raquitis: observé ademas cierta obstruccion en las glándulas, y que se iba formando algun tumor escrofuloso. Prescribí el régimen que debía guardarse, y como conocí por varios síntomas, que su mal provenía en gran parte de la melancolía que le habían causado las muchas calamidades; al tiempo de dar cuenta al Gobierno de esta mi primera visita, le exhorté á que procurase de acuerdo conmigo la curacion del enfermo, librando su espíritu de las penas que le atormentaban, y poniendo en práctica para este fin los remedios propios del arte.

Al dia siguiente habilitaron un cuarto, hermoseado con cuanto puede de-

leitar los sentidos, sin tocar en el estremo del lujo. Se había dispuesto una patética y armoniosa música para el momento en que entrara Carlos, el cual se admiró y complació al verse en una pieza, adornada con tanto gusto. Estaba toda cubierta de una colgadura de verde claro, cuya guarnicion era de rosa y lila; pendía del techo una magnífica araña; otras mas pequeñas estaban colocadas sobre la chimenea; y encima de las repisas de mármol había candeleros con olorosas bujías, que llenaban el aire de fragancia, y cuya luz reverberaba en los espejos. Ocho cuadros grandes muy preciosos, y muchas estampas interesantes, entré las que se habían interpolado algunos retratos de las personas de su particular estimacion, servían de adorno á este aposento, amueblado por otra parte con tanto esmero como sencillez. Nada llamó sin embargo mas la atencion del huér-

fano, que una gran jaula llena de pájaros de distintas especies, y una pequeña coleccion de libros destinados para su uso.

Iba yo por lo regular á visitarle todas las mañanas, y siempre encontraba alguna ingeniosa mutacion. Cada dos dias tocaban los músicos en la antesala algun concierto armonioso, al tiempo que se acostaba, para que esta dulce melodía contribuyese á conciliarle el benéfico sueño. Los paseos por el mirador de la torre, que estaba compuesto á manera de jardin y lleno de flores, le proporcionaban un ejercicio fácil y diario. Su hermana por fin con la lectura y el canto, el agrado de la asistenta, las visitas de algunos amigos, las conversaciones instructivas, los entretenimientos siempre variados, y una continua mutacion de diversiones inocentes, empezaron á ahuyentar de su espíritu y entendimiento el desasosiego

atormentador, y dejaron asomar la amable tranquilidad, la sencilla sonrisa y las candorosas gracias de la infancia.

Se había aficionado extraordinariamente al discípulo que me acompañaba, llamado Cipriano, y luego que le veía, abandonaba todos los juegos por gozar de la vista y conversacion de su amigo. No olvidé este medio tan eficaz, aunque sencillo, para curarle; y los comisarios, con quienes lo consulté, me facilitaron su ejecucion, dando licencia á Cipriano para entrar en el Temple todos los dias y á todas horas; pero yo quise que solo le visitara de noche.

El cuidado con que atendía á la salud de Carlos, no me hacía olvidar á los enfermos del grande hospicio, la mayor parte de los cuales perecía á manos de una rápida y furiosa epidemia, sin que pudiesen contenerla los remedios del arte, ni el saber de los médicos de sanidad, ni la atencion y zelo de

sus discípulos. Algunos de los últimos murieron contagiados, y Cipriano experimentó tambien su fatal influencia, á pesar de no haber asistido al hospicio desde que empezó á ir al Temple, para que los pestíferos miasmas no le comunicasen la enfermedad que tanto cundía. La que sufrió, no fué mortal, pues cuando fui á verle, ya estaba casi restablecido. No tengo que agradecerlo, me dijo, á la benignidad del mal, ni á la robustez de mi edad y temperamento, sinó á la constante amistad y afectuosos servicios de Felzac. — Diciendo esto, me señaló un jóven de veinte y cinco años, original en su semblante, que no me era desconocido. Supe, que acudiendo al curso de mi enseñanza y asistiendo al hospicio, habia hecho conocimiento y contraído amistad con Cipriano, de cuyo pais nó distaba mucho el suyo. Estos pormenores, que ahora parecen impertinentes, tendrán alguna

disculpa dentro de breve, y se conocerá la necesidad de referirlos.

Acudía ya por las mañanas diez y seis dias consecutivos al Temple, y en el decimoséptimo me entregaron, al volver á mi casa, un paquete consignado á mi nombre. Contenía este una cajita de caoba, inclusa dentro de otra mayor de pino. Abrí aquella con una llave de plata sobredorada, que estaba sobre su tapa, y debajo de una carta, que leí inmediatamente y he copiado en este diario, encontré diez cucuruchos con cinco mil reales cada uno. Este regalo, aunque considerable, no era, segun se colegía de la carta, mas que un preludio de otros mayores, y el servicio que por ello me pedían, se reducía á lo siguiente.

Despues de elogiar mi talento y sensibilidad, felicitaban al *nuevo rey Luis xvii*, (este era el nombre y título que se daba á Carlos, hijo de Luis xvi) por-

qué había sido puesto á mi cuidado. Entraban luego en materia en estos términos : « Vd. tiene asegurada su fortuna, si quiere, no ya facilitar, sinó cerrar solamente los ojos, y no oponerse á la empresa que va á intentarse. El desig- nio y deseos del que dirige á Vd. esta carta, se limitan á libertar al rey del poder de los que gobiernan en la actuali- dad. Se sabe que Vd. no sigue sus opi- niones, y de esta diversidad de pensa- mientos puede y debe resultar cierta desaprobacion, que se diferencia poco del odio. Si Vd. pues, ó bien por abor- recer á los usurpadores, ó porqué es- tima al rey, gusta conocer á los que si- guen su causa, devuelva esta carta con el sobre del pié; y entónces se acudirá á la cita, para tratar sobre las circuns- tancias del proyecto, etc. »

Di al momento parte á los comisa- rios, y me mandaron que contestase y devolviese la carta que se me pedía, con

el sobrescrito espresado en la misma. La intencion del Gobierno era cercar de espías el sitio señalado para la cita, de modo que se tomaran las señas del sugeto que me la había dado, ya que no pudiesen prenderle. Confieso que me costó mucho el consentir en este paso, que se oponía á mi ingenuidad : el convencimiento de que obrando de esta manera, podía ser útil al estado, y lo libertaba seguramente de una guerra civil, dispó mis dudas y desvanecié mis escrúpulos..... »

NOTA. La muerte de Desault inter- rumpió la continuacion de este diario, del cual solo he publicado un extracto, desnudo de las observaciones anatóni- cas y médicas, igualmente que de las reflexiones morales y científicas, con- ducentes sin disputa á los progresos del arte que ejercía este célebre cirujano; pero que parecerían insípidas á la ma- yor parte de los lectores. La suerte del

hijo de Luis XVI es lo único que debe interesar en una obra de esta naturaleza. Sin embargo, el inesperado fallecimiento de Desault hubiera cortado el hilo á nuestra historia; á no mediar la bondad de Cipriano, aquel jóven con quien Carlos contrajo tan estrecha amistad. Noticioso de las investigaciones que yo hacía para concluir la historia secreta de las calamidades de la última familia real, me proporcionó el conocimiento de Felzac, que había vuelto á Paris después de la pacificación de la Vandée. A este pues dejó el encargo de continuarla, observando tan sólo, que no soy el autor de los hechos contenidos en su narracion, ni de las reflexiones que los acompañan; y que únicamente los refiero, por creerlos tan adecuados para satisfacer la curiosidad de los lectores, como incapaces de perturbar la tranquilidad pública, y la respetable y pacífica conducta del Gobierno.

RELACION DE FELZAC

SOBRE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

DE LA VIDA

DEL DELFIN.

« No es necesario que reproduzca aquí los principios de mi trato con Cipriano. Aunque no tuve al entablarlo otro intento que servir á mi partido, cómo hallé la amistad donde solo buscaba mi interes, no es posible que aquella época se borre en ningun tiempo de mi memoria, y no deseo sino que esté siempre presente en la de mi amigo.

Me hice discípulo de Desault, siguiendo mis opiniones personales y las instrucciones del general Charette, de quien yo era agente. Unas y otras me bastaron para empezar á tratar á Cipriano por mis fines particulares; pero